AITANA OCAÑA

La tinta de mis ojos

AITANA OCAÑA

La tinta de mis ojos

AITANA OCAÑA

La tinta de mis ojos

ALFAGUARA

SÍGUENOS EN

megustaleer

@somosinfinitos

@somosinfinitos

@somosinfinitos

Penguin Random House Grupo Editorial

Porque cada paso que doy es por vosotros
y es a vuestro lado. Gracias por ayudarme,
apoyarme y acompañarme.

Probando suerte

Probando suerte.
Así empezó esto.
Intentando conseguir algo que ni siquiera yo terminaba de creerme del todo.
Vivir de la música me parecía algo tan imposible que, cuando me presenté al casting que me ha traído adonde estoy ahora —y hasta las páginas de este libro—, no tenía demasiadas esperanzas de pasar a la siguiente fase. Había miles de personas haciendo cola bajo el sol, esperando, igual que lo esperaba yo, que alguien les diera una oportunidad.
Como siempre he sido bastante crítica conmigo misma, pensaba que entre toda aquella gente que no conocía habría voces mucho mejores que la mía. Gente con más experiencia, con más carisma. Mayor que yo, con más tablas o más conocimientos musicales.
Allí había mucho talento y, al final de aquella fila de gente ilusionada, solo dieciséis puestos, así que no quería inflar demasiado la burbuja de la ilusión por si acaso se terminaba pinchando. Si pasaba a la siguiente fase, sería estupendo. Si no lo conseguía, no pasaría absolutamente nada: acababa de hacer Selectividad y planeaba matricularme en la universidad, estudiar Diseño, seguir cantando por el simple placer de hacerlo, seguir con mi vida.
Pero entonces llegó mi turno y cogí el micrófono y empecé a cantar a capela, y alguien al que siempre estaré agradecida se acercó a mí, y me felicitó, y me puso una pegatina en el pecho.
Así pasé a la siguiente fase.
Y, aunque intenté evitar que lo hiciera, la burbuja creció un poquito.
Fueron días muy intensos, de mucha presión y expectativas, pero aún no terminaba de creerme que todo aquello estuviera pasando de verdad. Que alguien hubiera visto talento en mí. Que alguien creyera que merecía la pena darme una oportunidad, que tenía potencial de conseguir algo con mi música.
Me habría dado por satisfecha solo con haberme quedado con aquella experiencia, con el reconocimiento, con la gente que conocí en aquellos primeros días de audición tras audición.
Pero entonces me dijeron que había pasado a la siguiente fase.
Y la burbuja de la ilusión se hinchó un poco más.
Y un poco más todavía cuando llegué a la fase final.
Cuando abrí el sobre que me decía que era una de las dieciocho finalistas para entrar en Operación Triunfo, aún con la intriga del veredicto del jurado, sabía qué haría si no me aceptaban (al fin y al

cabo, aquel era mi plan B), pero no tenía ni idea de qué podía pasar si finalmente entraba en el programa, en el concurso, en aquella casa. Intuía que podía ser el principio de algo muy grande, que me cambiaría la vida, pero nunca podría imaginarme cuánto.

Creo que es imposible imaginarlo sin haberlo vivido. Ni siquiera una vez dentro de la casa, sabiendo que durante tres meses habría cámaras pendientes de cada una de mis palabras y movimientos, podía hacerme una idea del torbellino en el que se convertiría mi vida.

Entonces supe que sí, que era una de las elegidas.

En ese momento la burbuja de la ilusión estalló de felicidad máxima.

Y se convirtió en un sueño.

No era un sueño nuevo. Era un sueño que aparecía en cada reunión familiar, cuando alguno de mis parientes me decía aquello de «Aitana, venga, cántanos algo». Era un sueño que crecía cada vez que versionaba un tema de mis artistas favoritos, y lo grababa, y se lo enseñaba a alguien, y me daba cuenta de que gustaba, de que mi voz tenía la capacidad de hacer que la gente se emocionara tanto como yo lo hacía escuchando las canciones de los artistas que me inspiraban. Pero era un sueño que no permitía dejar crecer por miedo a no poder cumplirlo.

Las palabras que había al final de aquel sobre abrieron la tapa de la caja en la que lo tenía encerrado, y entonces el sueño se atrevió a asomar, a crecer y hacerse más fuerte. Mi plan B pasó a convertirse en mi plan A.

Y mi vida pasó de ser la de una adolescente normal de un pueblo pequeño a convertirse en un torbellino.

En magia.

En un sueño logrado.

Todo lo demás ya lo conocéis, porque lo habéis visto suceder minuto a minuto.

Ahora hay veces que todo lo que estoy viviendo me parece increíble.

Otras, una película.

Una película protagonizada por otra persona en la que alguien hubiera activado la función de acelerar la imagen y todo estuviera sucediendo a cuatro veces más velocidad de la que debería. Una película en la que muchísima gente me ha visto reír y llorar, hacer amistades que me acompañarán toda la vida, crecer y evolucionar como persona y como artista.

Una película con la que sentís que me conocéis, que lo sabéis todo de mí.

Pero hay muchas cosas de todo este cambio, de todo este proceso, que han sucedido por dentro. Cosas que solo yo he sentido, y que ahora deseo compartir con vosotros, porque de verdad quiero que me conozcáis mejor. Porque fui yo quien, movida por una ilusión, di el

primer paso para acercarme a mi sueño, pero habéis sido vosotros, con vuestro apoyo, quienes me habéis ayudado a convertirlo en realidad.
Este libro es una pequeña ventana a las reflexiones y los sentimientos que he experimentado en la montaña rusa en la que llevo montada los últimos meses.
Una vitrina a los dibujos que todas estas experiencias me han inspirado.
Una puerta con la que os invito a acompañarme a soñar, creer, sentir y vivir.
Pero, sobre todo, a respirar para tomar aire.

Y conseguir que este sueño siga siendo realidad y de él se desprendan muchas pequeñas burbujas de ilusión que me lleven a perseguir otros nuevos.

La tinta de mis ojos

Soñar

Ocdo

El estallido de las olas al romper
contra un acantilado.

La primera palabra de un niño.

Un grito de emoción.

Un sollozo de felicidad.

El chirrido de las cigarras en
una noche de verano.

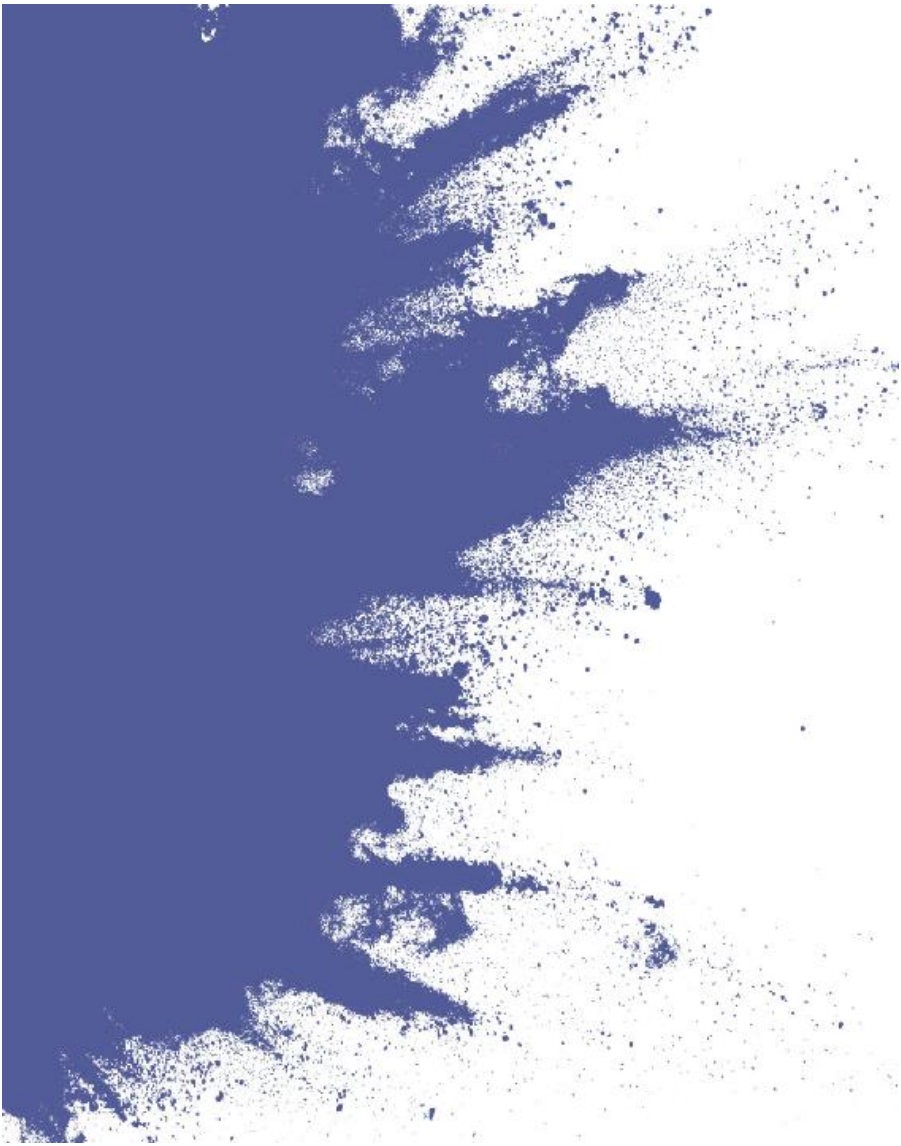
Una carcajada de alegría.

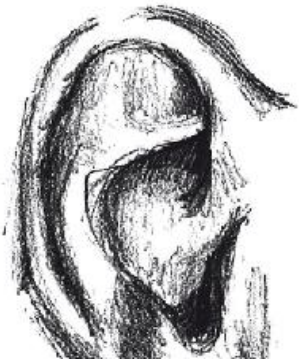
El ulular del viento al
otro lado de la ventana.

El clamor de un aplauso.

Sonidos que despiertan,
que electrifican,
que llenan de esperanza.

Que invitan a soñar.





Semilla

Al principio era un eco. Un sonido tenue que rebotaba por las paredes de su mente. Fácil de ignorar, casi un ruido fantasma.
Pero pronto se convirtió en un zumbido de mosquito en una noche de verano. Insistente y molesto. Casi doloroso.
Se pasaba las noches con los ojos abiertos por su culpa. Los días con las manos en las orejas para no tener que escucharlo.
Pero el sonido estaba dentro de sus oídos.
De su cabeza.
En su interior.
No había manos ni tapones ni orejeras que pudieran callarlo.
Sonaba cada vez más y más fuerte hasta que un día lo notó en la boca, como si quisiera salir por ella convertido en voz. Cuando abrió los labios para dejarlo volar, de repente dejó de sonar y notó algo debajo de la lengua.
Era un objeto redondo y duro, más pequeño que una moneda. Sabía dulce como la miel. Parecía una semilla.
Lo escupió en la palma de su mano, lo secó y lo plantó en la tierra más oscura que encontró. Y empezó a regarlo todos los días, sin faltar uno solo.
A veces se sentaba junto a la maceta a esperar a que creciera. Ni siquiera sabía si llegaría a florecer, pero, ahora que no lo escuchaba, extrañaba aquel sonido molesto del que tantas ganas tenía de deshacerse. Pensaba que, si la cuidaba lo suficiente, quizá, en lugar de brotes verdes, de aquella tierra surgiera música.
No fue así.
En el centro de la maceta solo creció un tallo fino y retorcido del que brotaban unas florecitas amarillas. Ni siquiera era una planta demasiado bonita. Pero ella siguió regándola todos los días, esperando que las flores algún día empezaran a cantar.
Las flores jamás cantaron.
Pero cada vez que ella se acercaba a la maceta con la regadera en la mano, sin darse cuenta, tarareaba un sonido que se parecía mucho a un eco.
A un ruido fantasma.
O a la melodía que suena al regar una semilla de ilusión.

*Pero el sonido
estaba dentro de

sus oídos.
De su cabeza.
En su interior.

«Los sueños, sueños son»,
escuchó decir la soñadora.
Y ella se echó a dormir
para poder vivir soñando.

El cachorro y lo imposible

El cachorro nació a la sombra de un árbol en el que vivían mil pájaros. Sus plumas y sus colores fue lo primero que vio al abrir los ojos. Sus trinos, lo primero que oyeron sus oídos. Se pasaba las horas viéndolos bailar en el cielo, escuchándolos cantar en su ir y venir de la copa del árbol.

Por eso, el cachorro quería ser pájaro.

Pero, por mucho que saltara intentando alcanzar a las aves, sus patas no despegaban más que unos centímetros del suelo. Por mucho que maullara al viento, intentando imitar sus cantos, lo único que conseguía era arañar el aire con sus rugidos.

—No estás hecho para volar —le decía su madre, acercándole un trozo de presa para que comiera a la vuelta de sus cacerías, mientras él contemplaba embobado el aleteo de las aves.

—Nunca podrás cantar —se reían sus hermanos de camada, robándole el desayuno mientras él empleaba la boca para imitar sus cantos.

Pero el cachorro seguía empeñado en convertirse en ave, y el resto de crías crecieron y aprendieron a cazar solas. Su madre encontró una pareja con la que tener una nueva camada. Todos abandonaron la sombra del árbol y se olvidaron de aquel cachorro loco que se creía pájaro.

Pensaron que seguramente moriría intentando lograr lo imposible.

Muchos años después, una de sus hermanas pasó junto al árbol que había sido su hogar en la infancia acompañada por su propia camada y se detuvo un momento a contemplarlo.

—Dicen en el lago que ahí vive el pájaro que mejor vuela y canta de la selva —dijo uno de sus cachorros.

La hembra calló y se quedó escuchando un segundo.

De la copa del árbol, efectivamente, surgía una música hermosa. Un canto que no se parecía al de ningún ave que ella conociera. Un canto que parecía, más bien, un rugido musical. Y justo cuando empezaba a acordarse de su hermano, el cachorro loco que se creía pájaro, vio bajar de un salto de sus ramas al león más ágil y hermoso que hubiera visto nunca.

Que no volaba, ni cantaba, ni era ave.

Pero había logrado lo imposible.

*Se pasaba las horas
viéndolos bailar en el cielo,

escuchándolos cantar en
su ir y venir de la copa
del árbol.

El rugido de los motores
de un avión al despegar.

Historia de una pequeña ilusión

En el cuarto hay un armario.
En el armario, un montón de cajones.
En el último de todos, el que está más cerca del suelo, el único cerrado con llave, hay una caja cubierta de polvo.
Si encuentras la llave y abres el armario, si tienes paciencia y fuerzas un poco la cerradura oxidada, si no te importa mancharte las manos de polvo, puedes sacarla de su escondite.
Ten cuidado, porque cuando levantes la tapa te parecerá que está vacía.
Pero no es así.
¿Ves esa motita negra y pequeña que hay en una esquina?
No es una pelusa.
Es un sueño del que te has olvidado.
O algo que intentaste y no salió bien. Algo que preferiste guardar en esa cajita antes que volver a intentarlo.
Es algo que alguien te dijo que no podías hacer y que tú te creíste.
O algo que sí podías hacer, aunque no lo suficientemente bien.
Algo que pensaste en tirar a la basura, pero que al final te dio pena y guardaste en el último cajón del armario, el que está más cerca del suelo, donde más polvo cogen las cosas.
Igual tu pelusa negra y suave no está dentro de una caja, sino debajo de la cama, o en el fondo de una maleta, o en un estuche viejo, o en un bolsillo de un pantalón que ya no te pones.
Pero seguro que, en alguna parte, tú también tienes una pequeña ilusión esperando a que alguien se acuerde de ella.
Esperando que alguien se acerque a acariciarla.
A quitarle el polvo.
Y a permitirla crecer.

*¿Ves esa motita negra
y pequeña que hay en
una esquina?
No es una pelusa.
Es un sueño del que te
has olvidado.

El habitante de la torre

En el centro de la plaza había una alta torre transparente.
Dentro, una cama, una mesa, una silla, una pequeña maleta con ropa.

Y un habitante.

Los transeúntes de la plaza no perdían de vista ni uno solo de sus movimientos.
Lo veían dormir, despertarse. Comer, lavarse. Vestirse y desnudarse.
A veces, el habitante de la torre se acercaba a las paredes y apoyaba las palmas de las manos y la boca contra ellas. Movía los labios como si quisiera contarles algo, pero del interior de la torre no surgía un solo sonido. Se ahogaban todos antes de atravesar sus paredes de cristal, porque, afuera, el ruido de los rumores sobre el habitante de la torre que volaban de boca en boca era ensordecedor.

Decían que la torre tenía una puerta invisible.
Y también que era una prisión sin salida.

Decían que su prisionero estaba allí por voluntad propia.
Y también que cumplía cadena perpetua.

Decían que estaba allí por error.
Y también que había cometido un crimen
imperdonable.

Decían que estaba allí porque
había roto un corazón.
Y también que tenía el corazón roto.

Decían que era un ángel caído del cielo.
Y también que de noche se convertía en un
demonio monstruoso.

Decían, decían, decían.

Los rumores volaban de boca en boca como cuervos,
zumbaban como una nube de moscas negras alrededor
de la carroña, ahogando los gritos con los que el habitante de
la torre transparente intentaba contar su verdadera historia.

Decían,
decían,
decían...

Alas al vuelo

Soñaba mucho, muchísimo,
dormida y despierta.
Soñaba tanto que, casi todas las noches,
algún sueño escapaba de su mente.
Por las mañanas los recogía de la almohada
y los metía en una jaula
donde aleteaban
ligeros como mariposas.

Por fantasear despierta
y llenarse la cabeza de sueños,
se reían de ella,
la llamaban estúpida,
inocente,
ingenua,
así que todas las noches,
antes de irse a dormir,
harta de críticas y burlas,
se sentaba al borde de la ventana,
abría la puerta de la jaula
y contemplaba
con los puños apretados
y los ojos llenos de lágrimas
escapar sus sueños.
Pero una noche,
mientras dormía
sin atreverse a soñar,
para no tener,
cuando saliera el sol,
que despedirse de sus sueños,
las plumas de su almohada
fueron escapando
una a una
y flotaron hasta sus hombros,
dibujando dos suaves alas.

Al día siguiente, al despertar
con la cabeza llena de sueños
y la espalda llena de plumas,
abrió la ventana
y, antes de que nadie viniera

a cortarle las alas
y a arrebatarle sus sueños,
salió volando por ella.
Ahora, cuando la ven
flotando en el cielo
rodeada de sus sueños,
libres y nunca más enjaulados,
ya no la llaman inocente
ni estúpida,

ya nadie se ríe de ella.
Ahora estiran los brazos
e intentan despegar del suelo
para unirse a ella
en su vuelo.

*Soñaba tanto que,
casi todas las noches,
algún sueño escapaba
de su mente.

1727

En la línea de salida le colocaron un dorsal en el pecho con cuatro números.
1727.
Y echó a correr sin pensar.
Sabía que había miles de ojos viéndola correr, pero no se preocupó por ellos. Su único objetivo era llegar a la meta.
En los primeros kilómetros, tropezó muchas veces. Desde los laterales de la pista le llegaban consejos para ganar velocidad, para corregir la trayectoria, para no agotarse.
Le costaba hacerles caso y avanzar, pero, paso a paso, zancada a zancada, lo fue consiguiendo.
Por el camino tuvo apoyos, manos amigas en las que estabilizarse después de un tropezón.
Poco antes de llegar a la meta, sintió que se quedaba sin energías. Que no podía más. Que no lo conseguiría.
Y entonces la vio aparecer.

Luminosa y cercana. Al alcance de su mano. El fin del camino, la recompensa a su esfuerzo.
El cansancio desapareció de repente.
Y dio el último acelerón hacia su sueño.
Cuando por fin cruzó la meta, era alguien muy distinto de quien partió en la salida.
Una bala imparable, que volaba mucho más allá de su sueño, atravesando la barrera del sonido.

*Cuando por fin cruzó
la meta, era alguien muy
distinto de quien partió
en la salida.

El timbre que anuncia
una visita esperada.

Creer

Vista

El sol hundiéndose en el horizonte cuando muere el día.

Dos cuerpos fundidos en uno solo por un abrazo.

El perro que menea el rabo al ver a su dueño.

Un gato cazando un rayo de sol.

Una coleta rebotando al ritmo de una comba.

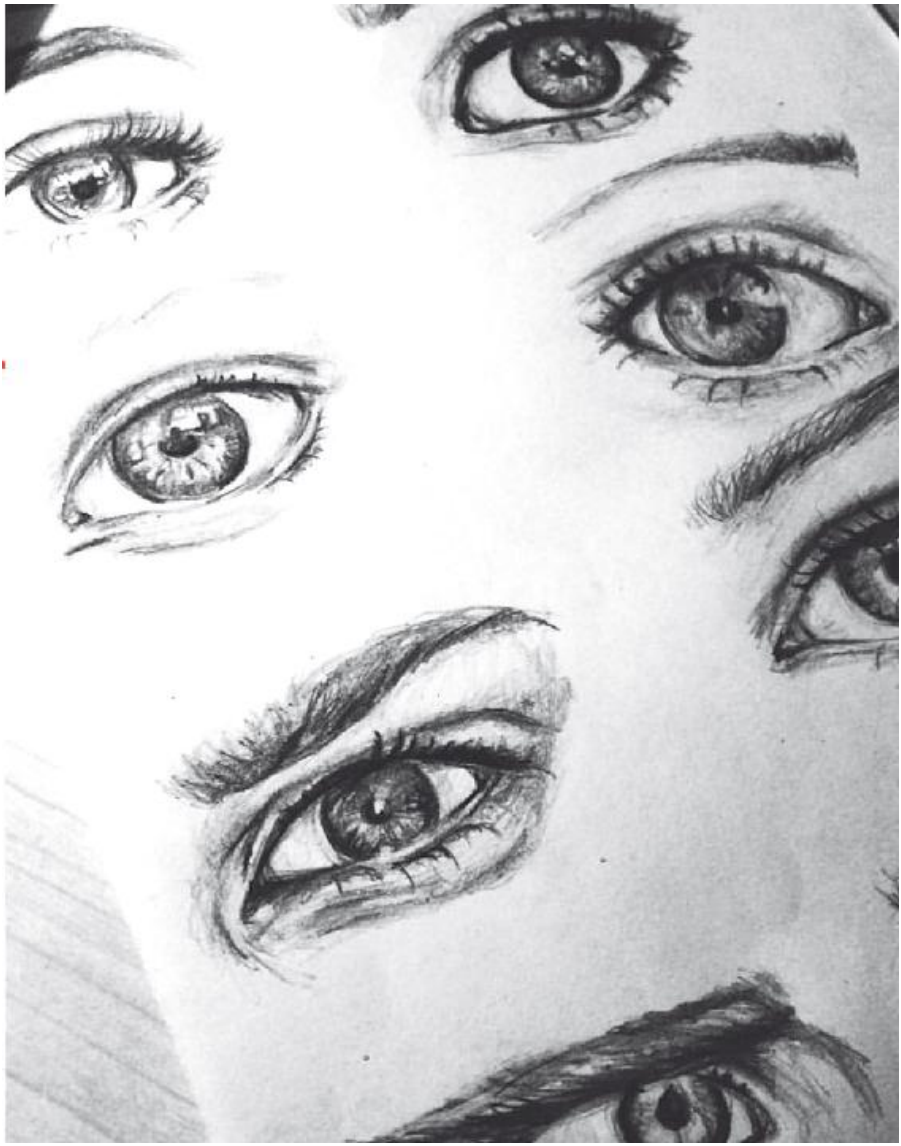
Un beso que colorea las mejillas de vergüenza.

El reflejo tembloroso de la luna en un charco.

El primer cruce de miradas entre dos personas que se atraen.

Imágenes conmovedoras, emocionantes, vivas.

Visiones que inspiran.



La tinta de mis ojos

La tinta de mis ojos
dibuja mi mundo,
sus límites
mis reglas,
nuestros errores.

La tinta de mis ojos
es tramposa,
deja manchas y tachones,
agranda las cosas pequeñas
y oculta las importantes.

La tinta de mis ojos
es imborrable.
Levanta sonrisas hundidas,
rellena huecos de ausencias
y da color a las sombras.

La tinta de mis ojos
imprime mis huellas
y traza el mapa
que me lleva de vuelta a casa,
de vuelta a mí.

Por creer en lo que no podía ver,
la llamaban ingenua.
Menos mal que ella sabía
que lo esencial es invisible a los ojos.

No importa cómo te vean.
Tú, ¿te ves?

La mano tendida
después de la caída.

El espejo

Creer en ti misma es
mirarte en el espejo
y ver que aunque tu reflejo
no sea grande
lo eres mucho más
por dentro.

Magia

No necesitas ver la magia para creer en ella.
No necesitas tampoco varita para hacerla.
Ni sombrero puntiagudo, ni capa negra.

No tienes que tener la nariz ganchuda,
ni un lunar horrible
o una verruga con tres pelos.

No necesitas escoba,
ni libro de hechizos,
ni ojos, escamas o huesos de criaturas de la noche.

No necesitas abracadabras,
ni palabras impronunciables.

Ni necesitas naipes,
ni conejos,
ni palomas.
Ni armarios que hacen desaparecer,
ni cubiletes trucados,
ni monedas que aparecen
de lugares misteriosos.

Para hacer magia solo necesitas
cinco líneas paralelas,
siete notas,
una clave,
un acorde,
un instrumento
y tu voz.

*No necesitas ver la magia
para creer en ella.

Sombra y sol

Hay días sombra
en los que te falta brillo propio
y días sol
en los que brillas sin saberlo.

Igual, pero distinta

Cuando me miro al espejo, siento que soy la misma de siempre.
Otras no me reconozco, y pienso que ya no lo soy.
El núcleo no ha cambiado. Las prioridades tampoco. Las cosas que eran importantes lo siguen siendo ahora. Las personas que estaban en mi corazón siguen estándolo, aunque ahora haya hueco para alguna más.

Yo soy la misma de antes.
Y ya no lo soy.
Por mucho que me cueste asimilarlo, hay un antes y un después. Y, aunque yo me sienta igual, las cosas no son como eran.

Yo ya no soy como era.
Y a la vez sigo siéndolo.
Por el camino he perdido algunas cosas. Intimidad. Privacidad. Un poco de libertad. He tenido que soltar otras. Pero las que he ganado lo compensan todo.

Soy la misma.
Y no lo soy.
Supongo que ahora soy la suma de todo lo que he vivido.
De todo lo que recibo.

Y mañana seré igual,
pero distinta,
con todo lo que me queda
por vivir.

Un pájaro herido volando
con una sola ala.

Sentir

Tacto

El escozor de un desengaño clavado en el pecho.

La presión en la boca del estómago frente a la negrura de una cueva.

La suavidad de un hombro convertido en almohada.

El vértigo de atreverse a dar el salto.

El alivio de haber hecho lo correcto.

El dolor de una herida recién abierta.

El escalofrío que provoca un aliento ajeno en la nuca.

El frío en los pulmones al coronar una cima.

Sentimientos que palpitan,

que queman, que calman.

A flor de piel.

Munay

Munay es un espíritu invisible y juguetón que vive en lo alto de las montañas y solo baja cuando desde las alturas detecta a una persona falta de amor.
Porque Munay es el amor puro.
Amor a uno mismo y a los demás, amor a todo lo que nos rodea.
Munay es el amor que mueve el mundo.
Y Munay tiene tanto, tanto amor que dar, que se dedica a regalarlo.
Munay regala amor fundiendo su espíritu con el de sus elegidos.
Cuando el espíritu de Munay abraza a otro, lo ilumina. Y el elegido de Munay aprende a amar de verdad.
Porque amar es vivir.
Y Munay enseña a sus elegidos a vivir plenamente amando.
Munay llena a las personas de vitalidad, de ganas de hacer cosas por sí mismas y por los demás. Los elegidos de Munay dejan de ser espectadores de la película de su vida y se convierten en sus protagonistas.
Munay es la fuerza que los levanta de la cama por las mañanas, la sonrisa que escapa de sus labios cada vez que se miran al espejo, los abrazos que comparten con sus seres queridos.
Munay enseña a sus elegidos a amar el presente y a comprender que es único e irrepetible, lo más valioso y lo único que tienen, y el momento perfecto para vivir amando.
Munay descarga de las espaldas el peso de las preocupaciones del pasado y las angustias por lo que deparará el futuro.
Los elegidos de Munay aprenden a valorar de corazón todo y a todos los que los rodean, porque Munay es amor a uno mismo y a todas las criaturas, amor al aire y a la tierra, al agua, al universo entero.
Munay multiplica las emociones por mil y ayuda a vivir cada segundo de su vida tan intensamente como si fuera el último.
Munay es tan luminoso que espanta los miedos al futuro, que corren a esconderse en los rincones más oscuros de la mente y ya no se atreven a salir de allí.
El día que yo me convertí en elegida de Munay, vino a vivir a mi brazo convertido en tinta imborrable.

Porque un amor tan grande
se queda siempre tatuado en
la piel.

Cayó de rodillas mil veces,
y mil veces se le abrió la carne.
Pero prefería tener el cuerpo
lleno de cicatrices
al peso que deja en el alma
el remordimiento de no haberlo intentado.

El mapa de notas

Siempre se había orientado muy bien.
No le costaba encontrar su camino sin necesidad de mapas. Al fin y al cabo, siempre había vivido en el mismo sitio. Conocía los senderos de ida y vuelta de memoria.
Pero a veces, muy pocas, se perdía sin haber ido a ningún sitio.
Se perdía de sí misma.
La tormenta se desataba de repente y la dejaba revuelta y desubicada. Por lo general no tardaba más de un día en volver a recuperar el equilibrio, en que el sol de una sonrisa le secara las lágrimas y volver a sentirse ella misma. Así fue siempre mientras conocía los caminos, mientras vivía en un entorno que dominaba.
Pero un día tuvo que cambiar de casa.
La casa nueva era la casa de sus sueños, enorme y de paredes transparentes. Siempre había querido vivir en ella, aunque nunca imaginó que algún día llegaría a hacerlo. Y ahora, de repente, allí estaba.
La mudanza fue tan rápida que casi no tuvo tiempo de pensar en ella.
La casa de sus sueños estaba llena de música y personas nuevas que pronto se convirtieron en su familia. Aunque no la conocía tanto como la casa en la que había vivido toda su vida, también se orientaba bien. Al fin y al cabo, aquel era el lugar de sus sueños, no había ningún otro al que quisiera ir.
Ningún otro en el que quisiera estar.
Pero un día empezó a perderse.
Y, cuando lo hacía, le costaba mucho más encontrarse.
En vez de tormentas, lo que notaba allí eran avalanchas.
Y, más que perderse, se quedaba enterrada.
Bajo el peso de los miedos, las preocupaciones.
Las ausencias.
Se le agarraban a la garganta y no la dejaban respirar.
Y entonces empezaba a verlo todo negro y se desorientaba.
Se perdía de sí misma.
Ella no era esa chica que lloraba ahogada por las lágrimas. Ella no era ese ovillo encogido en la cama, sin ganas de hacer nada más que taparse con la manta hasta la barbilla y no salir de allí, aunque aquella fuera la casa de sus sueños.
Esa chica no era ella, pero había días en que la tristeza no la dejaba salir del caparazón en el que se había encerrado.
De repente, necesitaba lo que no había necesitado nunca.
Un mapa.

Cuando se sentía así, cerraba los ojos con fuerza hasta ver puntos blancos y negros, con la esperanza de que, al volver a abrirlos, aquella sensación de angustia hubiera desaparecido.
Nunca era así, pero un día los puntos blancos y negros le dieron una idea.
En la casa de sus sueños, igual que en la antigua, tenía un piano.

Y, cada vez que aquel peso inexplicable que la hacía perder el rumbo se instalaba en su corazón, solo tenía que cerrar los ojos y dejar que las yemas de sus dedos encontraran en sus teclas blancas y negras el mapa de notas que la llevaba de vuelta a sí misma.

Las cosquillas de las alas de
las mariposas en el estómago.

La piel es el órgano más sabio del cuerpo.
El único capaz de experimentar todos los sentidos.
Porque ve con caricias, oye por los poros,
transforma los perfumes, alberga mil sabores
y ni el más insensible de sus milímetros
se resiste al tacto.

El muro

El muro era impenetrable y opaco. Altísimo. Imposible de saltar.
Su superficie era dura y lisa, sin una sola grieta a la que poder agarrarse para trepar por él. Al otro lado, se escuchaban músicas extrañas. Se intuían copas de árboles de colores imposibles. Lo sobrevolaban exóticas criaturas que no eran pájaros.
El muro ocultaba un misterio.
Y era un misterio en sí mismo.
Se decía que había una puerta para cruzar al otro lado, pero nadie sabía dónde estaba. Más de un aventurero intrépido había intentado escalarlo. No lo consiguieron. Un par de inventores trataron de derrumbarlo con explosivos experimentales. Murieron en el intento. Una viajera partió un día de su casa con la intención de encontrar el final de la muralla. Nunca más se volvió a saber de ella.
Poco a poco, todos aprendieron a convivir con el misterio que ocultaba el muro sin intentar desentrañarlo.
Todos menos uno.
Un niño que, a pesar de la advertencia de sus padres de no acercarse a aquella inquietante muralla de piedra, se escapaba todos los días para buscar la puerta secreta. Tenía las manos ásperas, llenas de callos, de recorrer con ellas su superficie. Conocían de memoria cada milímetro que alcanzaban a palpar. Le castigaron mil veces por desafiar al peligro, pero la necesidad de encontrar la puerta, de conocer qué había al otro lado, era más fuerte que el miedo a los castigos.
El niño creció y su obsesión con él. Empezaron a llamarle loco y a darle de lado. Tenía las palmas de las manos cada vez más encalladas e insensibles de tanto acariciar la piedra.
El día que el niño creció su último centímetro y dejó de serlo, alcanzó a palpar un lugar al que nunca había llegado antes. Sus manos rozaron un rincón nuevo en la roca. El muro se hundió ligeramente, revelando una puerta. Al otro lado, se escuchaban músicas extrañas. Los colores imposibles de las copas de los árboles eran cegadores. Aquellas exóticas criaturas que no eran pájaros le daban la bienvenida al misterio.
El niño que acababa de dejar de ser niño miró a su alrededor. Estaba solo, nadie más había visto aquella puerta abrirse. Rozó por última vez la piedra áspera del lado del muro que tan bien conocía y cruzó al otro lado.
De él nunca más se supo.

Y su leyenda hoy se suma a las de todos aquellos locos que creyeron en una puerta invisible, a los que no les importó llenarse las manos de callos y durezas para abrirla, los que se atrevieron a sentir... y soñar.

Blandura

Soy todas mis blanduras,
mis suavidades,
mis vulnerabilidades,
todas las lágrimas que he llorado
de pena,
de alegría,
de rabia.

Pero ser blando no es ser débil,
sino tener huecos por los que se cuela el dolor ajeno,
comprender el significado de un mal gesto,
de un ceño fruncido,
de un silencio,
de una sonrisa.

Si para ser duro hay que ser insensible,
prefiero mil veces la debilidad de la blandura.

Le encantaba acariciar la rugosidad de sus imperfecciones.
Arrugas, estrías, cicatrices.
No eran bonitas, pero sus dedos leían una historia en cada surco.

> Una experiencia infinitamente más interesante que la aburrida tersura de la perfección.

El temblor de la carne
al acariciar una cicatriz.

Vivir
Gusto

El polo del kiosco de la playa, con los dedos hundidos en la arena.

La taza de chocolate caliente cuando afuera cae el diluvio universal.

La sal de la gota de sudor que resbala hasta la boca después del esfuerzo.

Tu plato preferido cocinado por alguien que te quiere.

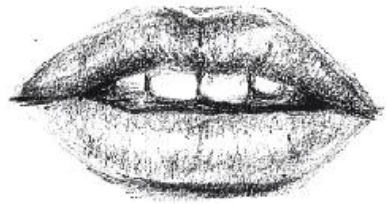
El regusto amargo de las lágrimas.

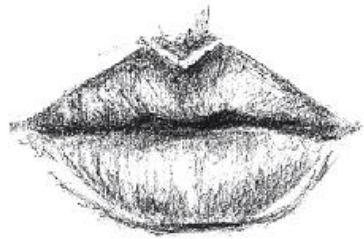
El último trozo de turrón de la bandeja en Navidad.

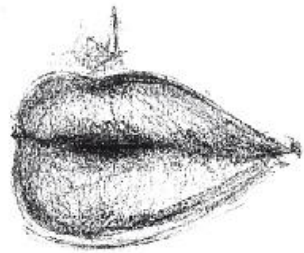
La dulzura de unos labios abiertos.

El puñado de palomitas en la oscuridad del cine.

Hay sabores que, más que alimentar,
te recuerdan que estás vivo.







Ácido

Fresco y penetrante.
El sabor del vinagre.
El del limón.
La última nota que dejan en la boca las fresas,
las frambuesas.
El de algunas frutas que aún no han madurado.
Que aún no han madurado.
Que aún no han madurado.
Un sabor que hace saltar las lágrimas,
sacar la lengua,
contraer los labios.
Que despeja la nariz, las ideas.
El sabor de los sueños,
de la inquietud
de las cosas que aún están por conseguir.
Que deja en el paladar las ganas
de seguir probando otros sabores
hasta encontrar el dulce.

Share

A veces me gustaría que mi *feed* fuera una de esas cuadrículas de imágenes perfectas llenas de cafés humeantes, platos deliciosos, paisajes de ensueño, conciertos increíbles y *looks* combinados al milímetro. Una pantalla que diera gusto ver, donde todas las fotos tuvieran el encuadre adecuado, todas estuvieran pasadas por el mismo filtro y no hubiera ni una sola desenfocada. Composiciones armónicas, experiencias ideales, la envidia de cualquiera.

Pero el precio por retratar la taza de café perfecta es beberlo siempre frío. Ese jugoso plato de pasta parece chicle después de colocar al milímetro todos los elementos de la mesa. La puesta de sol se convierte en un montón de brillos que retocar con alguna aplicación para resaltar sus colores. La arena de la playa, una molestia que se cuela en el objetivo. La música en directo, una experiencia que vivir a través de una pantalla para obtener la mejor captura. Ese suave jersey de pelo que tan bien combina con el escenario elegido para la foto, un asfixiante horno en miniatura.

A veces me gustaría que mi *feed* fuera una de esas cuadrículas de imágenes perfectas. Pero entonces recuerdo que el precio a pagar por la perfección es que la comida pierda sabor, los paisajes pierdan olor, los conciertos pierdan sonido, las caricias pierdan tacto…, y me doy cuenta de que vivir es más importante que compartir.

Salado

Sabroso e intenso.
El sabor de todas esas cosas
de las que nunca te cansas,
de las que es imposible comer una sola,
de las que siempre quieres más.
El sabor de esos *snacks* que tanto me gustaban de niña.
Chucherías saladas de todas las formas y tamaños
que venían en bolsas de colores fosforitos
y que dejaban las puntas de los dedos naranjas.
Sabor a placeres pequeñitos,
porque lo mejor de aquellas bolsas
era chuparse los dedos al terminarlas.
Sabor a bocadillo de merienda.
A cosas redondas, diminutas,
deliciosas.
Sabor a cumpleaños, a fiestas.
A buenos momentos.
A lo que sabe creer que lo que es supuestamente imposible
puede cumplirse.
Un sabor adictivo
que deja la lengua áspera,
que da sed,
pero al que es imposible renunciar.

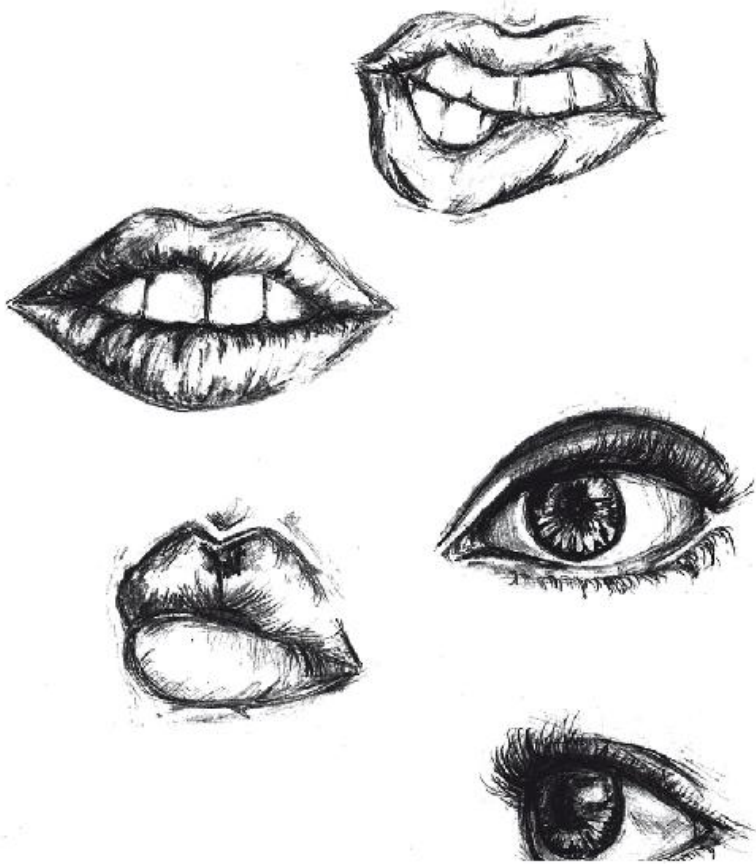
La acidez electrizante
de la saliva de un beso.

Esperaba a que llegara su hora con los ojos fijos en el reloj.
Pero, cuando la manilla cambió de posición,
se dio cuenta de que el segundo que acababa de pasar
no iba a volver.

Dejó de mirar el reloj y de esperar su hora, y empezó a exprimir al máximo el sabor de los segundos.

Amargo

Profundo y denso.
Áspero.
Un sabor que vive en el fondo de la lengua.
En el comienzo de la garganta.
Sabor a cosas oscuras, espesas,
a café, a cacao,
a arena,
a lágrimas.
Sabor a esfuerzo,
a cuestas,
a costras y caídas.
A aprendizaje.
Un sabor incómodo, difícil,
que pesa en la lengua,
que no es fácil de apreciar.
Un sabor que puede camuflarse
con azúcar,
con miel,
con canela,
con tiritas.
Hasta que poco a poco
esa nota amarga
empieza a gustarte.
Porque la dominas,
la controlas,
y ya no pesa,
ni duele tanto.
Sabor a sentimientos
que preferiríamos evitar,
pero que al final
son la única manera
de aprender a llegar a nuestra meta.

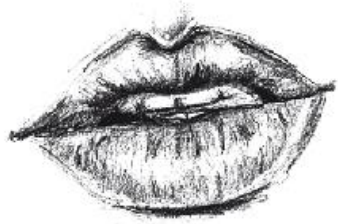


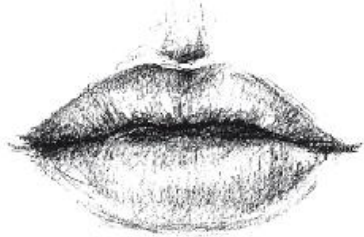
Dulce

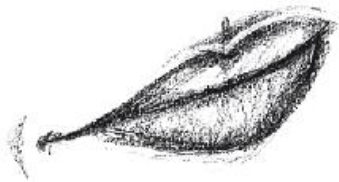
Empalagoso y excesivo,
placentero y amable.
Goloso,
delicioso,
glotón.
Sabor a postre y a premio,
a infancia,
a cumpleaños,
a celebración,
y a felicidad.
El sabor de los logros,
de las victorias,
la onza de chocolate
al final de la cuesta.
El trofeo
que evita las agujetas.
La medalla al esfuerzo,
el momento de parar a respirar.
También el sabor del exceso,
de la miel densa
que llena la boca
y se desborda por los bordes,
dejándolo todo pegajoso,
pringoso,
manchado,
sucio.
Un sabor culpable,
del que te dirán que no abuses,
que no te pases,
que no hagas eso,
o no lo hagas así.
Que no se debe confundir
con el de la culpabilidad
porque a nadie, nunca,
le amarga un dulce.

Umami

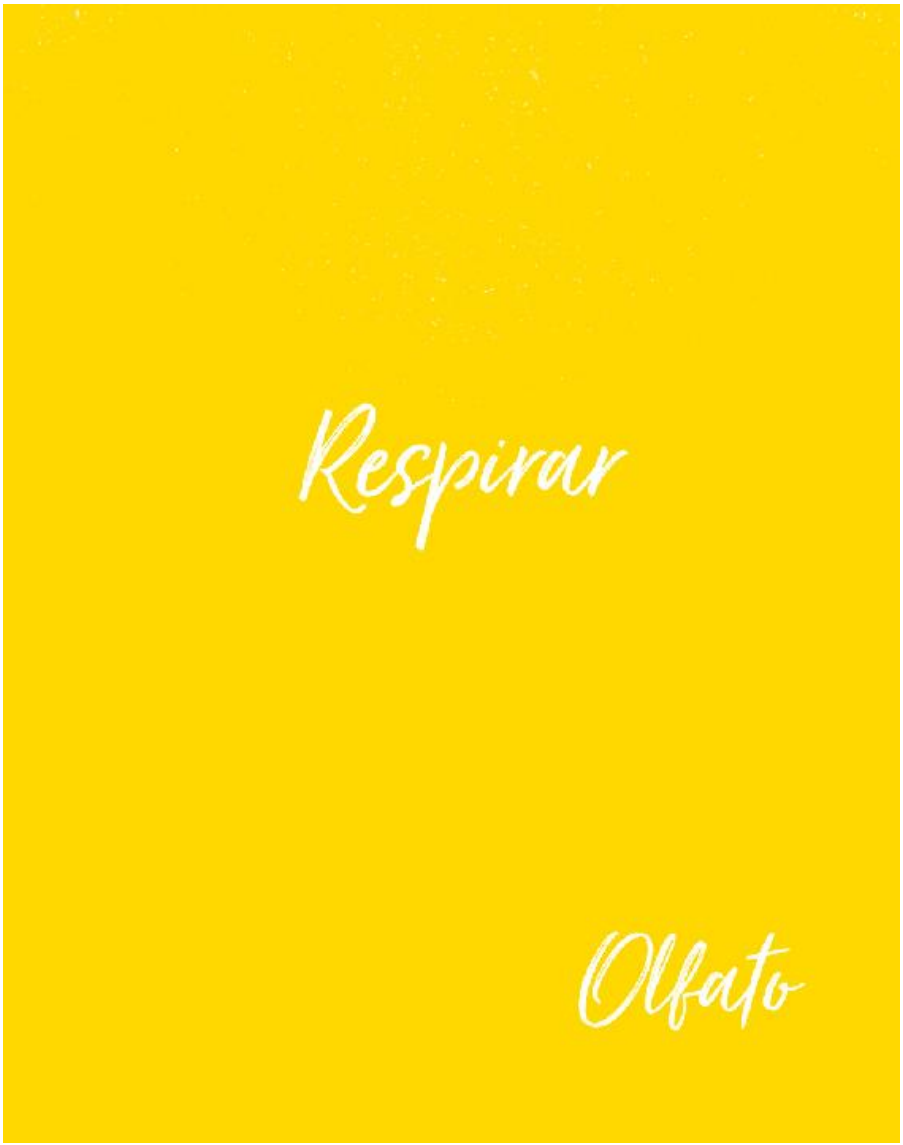
Umai, delicioso.
Mi, sabor.
Indescriptible, único.
Imprescindible.
Potente.
En el cielo del paladar,
en lo alto de la nariz,
en la punta de la lengua.
Ese sabor que te hace salivar
solo con olerlo,
que, sin que sepas por qué,
hace que todo sepa mejor
y que comer sea un placer.
El toque que alegra lo soso,
que lo hace crecer,
mejorar,
llenando el paladar
con una explosión de calor
y color.
Extraño y exótico,
desconocido, nuevo,
esa pizca mágica
de amor
y cariño
de las comidas caseras.
La sal de la vida.
Lo que hace que todo
merezca la pena.







La nota metálica de la sangre
de una herida.


Respirar
Olfato

Las flores del jazmín en una noche de verano.

La masa del bizcocho que burbujea en la bandeja del horno.

La coronilla de un bebé.

Las páginas de un libro nuevo.

La tierra mojada después de la lluvia.

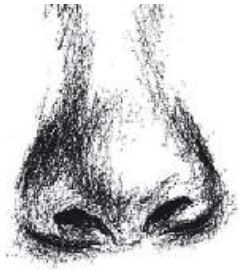
Las sábanas secadas al aire.

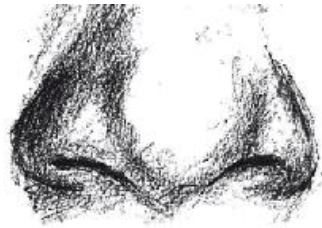
Los rescoldos calientes de una hoguera.

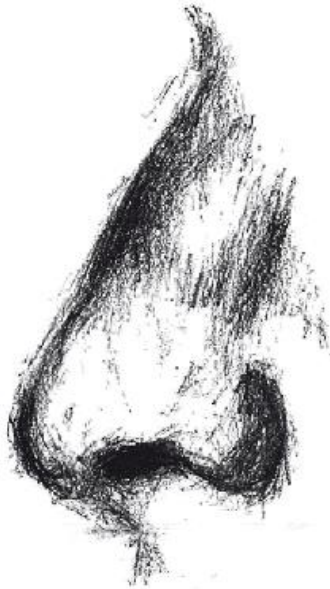
El café recién hecho cuando aún no

has salido de la cama.

Perfumes que evocan recuerdos,
que incitan memorias,
que se cuelan en los pulmones
y en la mente al respirar.







En el punto de mira.
Miles de ojos pendientes
de todo lo que hacía y decía.
De todo lo que no hacía y no decía.
Necesitaba escucharse solo a sí misma.
Encontrarse solo a sí misma.
Y la única manera de conseguirlo
era cerrar los ojos,
impregnarse de los aromas del mundo
y respirar.

La felicidad es una flor
cuyo aroma se detecta
a kilómetros de distancia.

La envidia, un parásito
enamorado de su olor,
que se alimenta de ella hasta
que ya no huele a nada.

Perfecto

Solo tienes una casa.
Esa casa es tu cuerpo.
Y tu cuerpo es perfecto.
En serio, es perfecto.
Quizá tenga más pecas o estrías o pelos o kilos de lo que te gustaría.
Quizá tenga menos.
Pero, hazme caso, tu cuerpo es perfecto.

Seguro que alguna vez has tenido ganas de mudarte al de otra persona.
Seguro que sí.
Yo he tenido ganas, y muchas.
Pero ¿sabes qué?
Esa persona por la que te habrías cambiado sin dudarlo, alguna vez, o más de alguna, ha querido cambiarse por otra.
Huir de ese cuerpo que a ti te parece perfecto porque ella lo odia.

Solo tienes una casa, un cuerpo. Y tu cuerpo hace cosas maravillosas, pese más o menos, tenga la piel más tersa o más caída, tu cuerpo respira, y estornuda, y te permite caminar, y dar besos y abrazos,
y piensa,
y siente,
y canta,
y respira,
y palpita.

Solo tienes una casa, un cuerpo, sobre el que nadie más que tú tiene derecho a opinar, a juzgar o decidir. En realidad solo es un envoltorio que oculta lo más importante,
que está dentro,
y eres tú.

Ama tu casa.
Cuídala.
No te acomplejes de ella ni la ocultes.

Defiéndela.

Es la única que tienes para vivir esta vida.
Este momento.

Que es el momento ideal
para disfrutar en tu cuerpo perfecto.

*Por eso tu cuerpo es perfecto
para ti, para quien eres.
Porque es una de las cosas
que te hace único.

La colonia de esa persona que te hace sonreír sin quererlo.

Pecados

Mi peor pecado no es mentir,
sino no saber fingir,
aparentar ser quien no soy,
ocultar lo que siento,
actuar si no es de corazón.

Mi peor pecado no es mentir,
sino no tener dobleces,
ser espontánea,
sincera,
real.

Mi peor pecado no es mentir,
sino no saber ser
nadie más que yo misma.

Máquina del tiempo

Tenía una máquina del tiempo que se alimentaba de olores.
El de las galletas recién horneadas la transportaba a las sobremesas en familia de los domingos a mediodía.
El del alcohol etílico, a la consulta del médico que le cosió tres puntos en la frente.
El de aquella colonia de nombre impronunciable, al banco del parque donde besó por primera vez.
El de la laca de uñas, al día que por fin la dejaron volver a casa de madrugada.
El del caucho derretido, a aquella vez que montó en moto sin permiso.
El de la hierbabuena, al verano que rompió su primer corazón.
El de la lavanda, a la primavera que se lo rompieron a ella.
El de la lejía, al cajón lleno de calcetines rosas de la primera casa en la que vivió sola.
El de la pólvora quemada, a la Navidad que pensó que pasaría lejos de los suyos.

Tenía una máquina del tiempo que se alimentaba de olores
con la que viajaba sin moverse del sitio
por todos los rincones de su memoria.

Palabras envenenadas

Hay palabras que son dardos afilados contaminados con un virus. Vuelan rapidísimas y se hunden en la piel. En el instante de clavarse escuecen, pinchan como aguijones, pero lo peor viene después.

Cuando la enfermedad que llevan en la punta estalla.
Cuando comienza la fiebre.

Su veneno es poderoso. Hace efecto inmediato y abre heridas que supuran rápido. La infección pasa a la sangre y contagia al corazón, que se encoge de dolor.
Sus llagas huelen a cosas que llevan mucho tiempo muertas.

Se envenenan en los labios de quien las pronuncia. En los dedos de quien las escribe. No matan, pero dejan cicatrices profundas, difíciles de disimular.

La mejor vacuna contra su olor nauseabundo, el mejor camuflaje para no convertirse en su blanco, es pensar antes de hablar en el poder destructor de su veneno.

Y tratar de no ser el cañón que las dispara.

*Se envenenan en los labios de quien las pronuncia. En los dedos de quien las escribe. No matan, pero dejan cicatrices profundas, difíciles de disimular.

Las cosas valiosas ocupan
poco espacio.
Por eso los mejores perfumes
venimos en frasco pequeño.

El cloro de la piscina en
el primer chapuzón del verano.

Agradecimientos

A mis padres, Belén y Cosme, por enseñarme la importancia de la vida y por guiarme siempre en mi camino.

A mi familia, por llenarme de amor y felicidad.

A mis amigos, por ser mi segunda familia y por hacer que me ilusione el día a día. También por todo lo vivido (y lo que queda por vivir).

A mis profesores del colegio Germans Amat y Targa y al instituto Josep Mestres y Busquets, por educarme; en especial a Mamen Zaera, Jordi Jové y Albert Minoves, mis profesores de arte.

A mi prima y ya hermana Olga, por acompañarme en este nuevo camino.

A mis compañeros y profesores de Operación Triunfo, por haberme hecho vivir la mejor experiencia de mi vida y porque gracias a ellos saco este libro.

A Gestmusic, Televisión Española y Universal Music y GTS, por confiar en mí como confían y por mostrarme tanto cariño.

Gracias a Penguin Random House por haberme propuesto este nuevo trabajo en mi vida y por mostrar tanta ilusión y empeño.

Y, por supuesto, gracias a toda la gente que me sigue, que me muestra cariño y que compra mi música, la comprará o la escuchará. Que me regala cartulinas, regalos, ilusión... Los llamados «fans» sois ya mi tercera familia. Os quiero muchísimo.

Da igual cómo te vean. Tú, ¿te ves?

***La tinta de mis ojos* es un viaje por la vida de Aitana, sus experiencias, anhelos y secretos, con ilustraciones a tinta hechas por ella misma. Un libro precioso para regalar y autoregalarse que hará las delicias de todos sus fans.**

Hay días sombra
en los que sientes que te falta brillo,
y días sol
en los que brillas sin saberlo.

Lo que tienes entre las manos no es un libro. Es una ventana a mi mundo a través de mis sentidos, a través de la tinta de mis ojos.

Sobre la autora

Aitana Ocaña. Natural de Barcelona y con la mayoría de edad recién alcanzada, Aitana se ha convertido de manera natural en un fenómeno musical y social tras su paso por el aclamado y reconocido Talent Show *Operación Triunfo* en esta primera edición de la nueva etapa del programa.

Desde muy jovencita estuvo en contacto con la música de manera natural, muy vinculada a su día a día, pero siempre desde la perspectiva del hobbie mientras lo compaginaba con sus estudios. Así es como ha ido adquiriendo las nociones musicales hasta la fecha. Piano, solfeo y canto coral desde la niñez fueron las actividades extraescolares desarrolladas hasta que ya de adolescente empezó a despuntar en su entorno y familia con un arte muy especial a la hora de interpretar y bailar. Sus padres, sus descubridores, finalmente encontraron la oportunidad de sugerirle que se presentase al casting de *Operación Triunfo* en la reaparición de este programa de televisión en España y, a partir de ahí, todos hemos sido testigos de su descubrimiento y crecimiento personal y artístico en estas semanas cruciales de su vida, las cuales la han llevado a convertirse en una de las principales estrellas del *talent show*, llegando a ser finalista y liderando grandes temas y todos los charts cada vez que actuaba en directo en las galas de la academia.

Delicias como *Arde*, *Can't stop feeling*, *Issues* o *No puedo vivir sin ti*, entre otras, acumulaban millones de *views* en youtube, *streams* y copaban los *charts* digitales cuando las interpretaban en las galas de la academia. Pero la que sin duda marcó el éxito más grande tanto en España con en el extranjero fue *Lo malo*, un sorprendente tema inédito urbano (estilo nuevo para ella), compuesto por los hit-makers Will Simms y Jess Morgan, y adaptada al castellano por Brisa Fenoy. Las RRSS se vinieron abajo y los nº1 de las listas de éxitos se rendirán a este sorprendente tema, el cual ha conseguido hitos como Nº1 directo de Spotify en España y Viral España, Top 6 Viral Mundial Spotify.

Aitana ya está preparándose para el lanzamiento de la versión remezclada y grabada de nuevo de Lo malo así como su videoclip oficial, para posteriormente comenzar su carrera como artista con nuevos proyectos y lanzamientos.

© 2018, Aitana Ocaña Morales, por el texto
© Aitana Ocaña Morales, por las ilustraciones
Coordinación editorial: Noelia Matute
Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial / Manuel Esclapez
© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-204-3418-6
Conversión ebook: Javier Barbado

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás recomendaciones de lecturas personalizadas.

ME APUNTO

@megustaleerebooks

@megustaleer

@megustaleer

Índice

La tinta de mis ojos
Dedicatoria
Probando suerte
La tinta de mis ojos
    Soñar - Oído
    Creer - Vista
    Sentir - Tacto
    Vivir - Gusto
    Respirar - Olfato
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre la autora
Créditos